

Nuevas lecturas talmúdicas

Autor / Author

LEVINAS, Emmanuel

Editorial / Publishing company

Ediciones Sígueme. Salamanca, 2017. 122 pp.

Por primera vez aparecen en traducción castellana, gracias a Jorge Medina Delgadillo y la editorial Sígueme, estas tres lecturas talmúdicas de Levinas, las últimas que pronunció el filósofo hebreo y cuya publicación póstuma impidió que fueran supervisadas personalmente por él. Como dice en la presentación el editor, en ellas el lector encontrará “los últimos esfuerzos por clamar en el desierto un humanismo radical, que se basa en una justicia hecha misericordia, en una *politica ancilla eticae*, en una religión que si bien no se circunscribe únicamente a la responsabilidad con el débil, no puede pensarse sin ella ni hallar al margen de ella su más genuina interpelación” (p.9).

Se agradece en este sentido que la aportación del editor de los textos venga como epílogo, más que como estudio introductorio, lo que permite al lector evitar como primera tentación la de leer los textos de las conferencias talmúdicas desde la óptica del experto que ya las ha radiografiado primero, afrontando directamente el diálogo con el propio autor. Se trata de conferencias que Levinas pronunció en algunos de los coloquios anuales de intelectuales judíos de lengua francesa que él contribuyó a fundar. En ellas encontramos ese diálogo que desde la apertura de la razón que la fe hebrea le proporcionaba gracias a categorías esenciales para el pensamiento, él establecía entre la norma moral, el comportamiento moral y la vida política por un lado, y la apertura a la alteridad, la excelencia y la trascendencia por otro.

Las tres conferencias recogidas en el volumen tienen como título: “La voluntad del cielo y el poder de los hombres”; “Más allá del Estado en el Estado” y “¿Quién es uno mismo?”. Como puede fácilmente atisbarse, la primera tiene una temática más vinculada con la filosofía de la religión, la segunda con la filosofía política, y finalmente, la tercera, viene a recoger en una madura síntesis las cuestiones centrales de la filosofía primera levinasiana que aúna ética y antropología. Nos atreveremos a recoger alguna de las que, a nuestro juicio, podemos considerar como aportaciones más sugerentes de estas lecturas.

En relación con la primera, que inicia reconociendo lo limitado de su acercamiento a las lecturas del Talmud y la ausencia de su erudición al respecto, pero al mismo tiempo, la riqueza de sugerencias que la sabiduría recogida en dicho texto aporta para cada momento histórico. Superando la concreción de los castigos físicos que se disponían contra quien violaba los mandatos, el texto comentado por Levinas muestra hasta qué punto, aunque la justicia divina se muestra en los detalles particulares de los castigos, la grandeza del tribunal se despliega aún más en el ejercicio de la misericordia. "La misericordia divina es, pues, al menos quinientas veces más fuerte que su rigor. Detrás de esta aritmética teológica hay un optimismo moral: nada se pierde de la victoria sobre el mal, mientras que la victoria del mal está limitada a un periodo de tiempo" (p.27). La fuerza de la civilización viene más de la gracia y de la misericordia que de la violencia o el rigor justiciero.

Y al tiempo, toda la reflexión que nos propone, concluye con una clara enmienda al modo moderno de querer comprender tanto la razón como la fe religiosa, sin un claro diálogo entre ambas, sin ver la luz que mutuamente se arrojan. "Lucidez que vuelve intolerables tantos discursos en los que se habla de manera infantil, como si realmente alguien hubiera venido del más allá para contaros lo que pasa allí, y como si el mito de Er de Panfilia, que relata Platón en el libro X de la *República*, fuera el relato de un viaje. Pero, sobre todo, como si la trascendencia no fuera más que un intercambio de información con un trasmundo o incluso una experiencia hecha en el más allá y que viene a aumentar el bagaje de nuestros conocimientos, pero manteniéndonos como un ser idéntico, el mismo, consolidado en su identidad por sus experiencias, sintetizadas y sincronizadas en cuanto experiencias". (p.44)

En la segunda lectura aborda el comentario del Tratado "Tamid" en el que Alejandro Magno, discípulo de Aristóteles, plantea diez preguntas a los ancianos del Néguev. Interesante texto y comentario no sólo sobre el alcance del poder político y la necesidad de sabiduría que necesita el gobernante, sino también sobre el lugar que el pueblo judío ocupa en medio de un poder político ajeno a su tradición y religión. Más allá de comentar cada una de las preguntas y las correspondientes respuestas, creo que lo más relevante de este pasaje reside en la riqueza de ese diálogo entre Atenas y Jerusalén que constituye el fundamento de nuestra civilización, y del que con frecuencia hemos olvidado a uno de los interlocutores. Sin ese continuo diálogo, la riqueza de Occidente queda mermada, y en esta lectura salta a la vista, aunque la fecundidad del tema queda truncada al final, cuando el propio Levinas reconoce que la síntesis entre teología y política será tema de otro coloquio. Sigue siendo el tema de nuestro tiempo, el de un Estado que se arroga todas las competencias posibles, incluso las que no son políticas, y además las reviste de caracteres absolutos.

El pasaje talmúdico comentado en la tercera afronta la cuestión de la humildad, del abajamiento, del modo en que el reconocimiento de la propia limitación supone el paso esencial para el descubrimiento de la grandeza. "Es entonces precisamente cuando Abrahán se declara «polvo y cenizas»: «Yo soy cenizas y polvo». Queja en que se confiesa la miseria de la creatura humana en el seno de un diálogo que transcurre, no obstante, al más alto nivel. ¡Miseria que se revela gloria! Negándose en su polvo y su ceniza, es pensamiento que sigue siendo o es

ya, respecto-a-sí, abnegación, elevación de la creatura humana a otra condición, a otro rango de ser humano —que, siendo auténtico bajo la incesante amenaza de su mortalidad, es alguien que piensa en a salvaguardia de los otros—.” (p.90) Es la visión de un hacerse del ser humano gracias a una libertad que se reconoce limitada y finita a la vez que abierta a la trascendencia, a la capacidad de ir más allá de sí misma. La libertad se conquista a sí misma constantemente en el reconocimiento del Otro y la obediencia al mandamiento que pone en juego la relación que nos constituye como seres personales, porque, como recuerda más adelante citando Deuteronomio, “todos los pueblos de la tierra verán que el nombre de Dios está asociado al tuyo”.

“En el fondo de la humildad hay afirmación o descubrimiento de una excelencia más alta que la que pueda achacarse a la pura complacencia en ser. Vislumbre de una excelencia de la que uno se siente indigno y sin la cual la satisfacción de existir con vistas sólo al existir mismo —el simple «ser por ser»— es nada, como lo llaman Moisés y Aarón en el momento en el que el primer maná caía del cielo en el desierto para alimentar al pueblo salido de Egipto.” (p.99)

Levinas concluye su lectura mostrando cómo la revelación y el Talmud arrojan una luz sobre el modo en que el sujeto se descubre plenamente a sí mismo en la atención al otro: “ontología abierta a la responsabilidad por el otro” (p.102).

Como resalta el editor en el epílogo de una manera clara y concisa, hay grandes intuiciones de Levinas que “corren en paralelo a la atenta y curiosa hermenéutica que él mismo hace de la sabiduría rabínica, siempre abierta a la universalidad del logos, siempre seducida por la belleza del bien, siempre reenviando a la concreción del otro” (p.106). Es desde esa dinámica surgida de la revelación en la que el hombre se descubre en plenitud a través de la alteridad, del reconocimiento del otro, del establecimiento de una comunidad de personas que genera sociedad, esto es, responsabilidad por el otro en cuanto él es quien me manifiesta la fuerza de una libertad que sólo en la entrega se plenifica. Y aquí Medina Delgado descubre en Levinas la aportación de una de las vías para superar el reduccionismo racionalista en el que buena parte de la Modernidad y de los modos de proceder —sobre todo en la educación, la ética y la política—, han caído, ya que la rectitud de la acción de la persona no es una idea, es una experiencia: “la relación con Dios, con su Nombre, no se logra por la rectitud del conocimiento, sino por la obediencia a sus mandamientos: proximidad más grande que cualquier proximidad, adhesión integral. Por el contrario, creer que mediante el conocimiento se puede *dominar* la realidad, incluida la divina, es hechicería y magia” (p.113). Lejos de ser un alegato antiintelectualista, como señalamos más arriba, la fe hebrea le permite a Levinas abrir la racionalidad a una experiencia vital que ha de ser contemplada, comprendida, vivida. ■

AGEJAS, José Ángel

Universidad Francisco de Vitoria
Madrid (España)